

main-des-Pres «en el espacio de veintiséis años,» once. Y no era esto solo (1), sino que el ardor religioso se manifestaba, además; en la construcción de muchas iglesias, de las que en medio siglo se comenzaron, continuaron ó terminaron 16 grandes.

El proselitismo iba enardecándose contra la herejía. El Poitou y los territorios limítrofes, Aunis y Saintonge, eran, con el Langüedoc, la parte de Francia en donde más abundaban y más poderosos eran los protestantes; la mayor parte de las ciudades eran plazas de seguridad, y los grandes señores protestantes, los La Tremoille, los Parthenay-Larcheveque, tenían como súbditos á muchos habitantes del campo. Sully era gobernador del Poitou; Du Plessis-Mornay, de Saumur, en donde había fundado una Academia protestante; y la Rochela servía de baluarte y de puerto.

Y, sin embargo, aquella región tan bien defendida fué la que los católicos se propusieron conquistar. Los Jesuitas, que silenciosamente se habían introducido en Poitiers (1606), habían abierto allí un colegio; pero su acción, aunque muy segura, era lenta y no debía propagarse á las masas sino por mediación de las clases directoras, bien organizadas y bien dirigidas; los Capuchinos ejercitaron su actividad en el pueblo, cuyos modales y entusiasmos tenían. El provincial de Turena de estos últimos era el P. José (Francisco Le Clerc du Tremblay), nacido en 1577, hijo de un presidente de las investigaciones y de una señorita noble, María de La Fayette, y en él se juntaban el talento astuto de un procurador y el ardor bélico de un soldado. Después de una permanencia en Italia, de un corto aprendizaje de la guerra delante de Amiéns (1597) y de una aparición en la corte de Isabel, como acompañante del embajador Hurault de Maisse, había trocado la libertad del mundo por la regla austera de los Capuchinos. Predicó con éxito, pero, soñando con otros triunfos, fué á fundar un convento de Capuchinos en Saumur, al lado de Du Plessis-Mornay y de la Academia protestante (1611). Esta orden se estableció, por medio de otras fundaciones, en país enemigo, en Niort, en Saint-Maixent (1612), en Thouars (1620) y en Fontenay-le-Comte.

Al mismo tiempo se organizaban misiones. Los Capuchinos iban á pie, vivían de limosna y alternaban con los aldeanos y con los obreros; predicaban en las iglesias, en las plazas, en los mercados, exponiendo el Santísimo Sacramento, ó paseándolo con gran pompa, y las poblaciones acudían á contemplar ese espectáculo del que hasta los católicos habían perdido la costumbre á causa de las guerras civiles. Muchos millares de personas acampaban, rezaban y seguían á los frailes, y no pocos protestantes de nota, pastores y ancianos ingresaron en el catolicismo; es muy dudoso, sin embargo, que los Capuchinos convirtieran, como afirmaron, á cincuenta mil personas.

Mas ni siquiera este apostolado interior bastaba á satisfacer el ardor de Jesuitas y Capuchinos, quienes soñaban con ir á Oriente á realzar las cristiandades destruidas por la dominación de los Turcos ó por las intrigas de los griegos ortodoxos.

(1) Enrique Lemonnier, *L'art français au temps de Richelieu et de Mazarin*, 1893, pág. 222.

El P. José enviaba misioneros á Levante para consolar de no haber podido enviar allí un ejército. En efecto, de acuerdo con el duque de Nevers, había intentado arrastrar á Francia y á Europa á una cruzada. Carlos de Gonzaga, duque de Nevers (que fué duque de Mantua en 1627), era un católico ardiente que había combatido en Hungría contra los Turcos y había sido herido en 1602 en el sitio de Buda; instado por los griegos de Morea (1609) y por los jefes albaneses reunidos en el monasterio de Cucci (18 de septiembre de 1614) para que se pusiera al frente de una insurrección contra el Sultán, había buscado aliados en Roma, en Florencia y en la Dieta de Ratisbona. El P. José, tan entusiasta como él, le secundó con todas sus fuerzas, yendo también á Roma, á Florencia y á Turín á predicar la guerra santa y poniendo en movimiento á los Capuchinos que andaban errantes por el mundo buscando en todas partes aliados para su héroe y enemigos contra los Turcos. En septiembre de 1617, el duque fundó una nueva orden militar universal, la Milicia cristiana, para combatir á los infieles.

Hubo un momento en que pudo creerse en el éxito de aquella empresa, y fué cuando el P. José, enviado á España, pensó haber logrado atraerse á la corte de Madrid (1618). Nevers reclutaba soldados, armaba caballeros y hacía construir cinco grandes navíos en Holanda. Los polacos, derrotados por los turcos en Cecora (9 de septiembre de 1620), llamaron en su auxilio á la Europa cristiana; pero antes de que el duque de Nevers tuviera tiempo de ir á socorrerles, obtuvieron una victoria y se apresuraron á firmar la paz de Choczim (9 de octubre de 1621). Algún tiempo después, el rey de España negó su autorización á la Milicia cristiana para establecerse en sus Estados (1622). En cuanto al emperador, otros muchos asuntos le preocupaban. El Padre José hubo de renunciar á su aspiración y de limitarse á escribir contra los infieles una «Turciada» en versos latinos, no siendo aventurado suponer que guardó rencor á la casa de Austria porque no había querido apoyarle.

IV.—Inteligencia con la casa de Austria

La respetabilidad del Clero, la fundación y la reforma de las Ordenes, las construcciones de iglesias, las misiones y aun aquel mismo ensueño de cruzada demuestran hasta qué punto había redoblado el fervor religioso allá por los alrededores de 1620. En toda Europa el catolicismo ha vuelto á tomar la ofensiva; en Francia se nos presenta omnipotente, activo y meditando acabar con la herejía. Para resistir el empuje de la Contrarreforma, habría sido preciso que Luynes sintiera la pasión del interés nacional, que no sentía.

En 1618 comenzó en Alemania, entre católicos y protestantes, la guerra que había de durar treinta años. Habiendo querido el emperador Matías (1612-1619) retirar á los protestantes de Bohemia las concesiones que Rodolfo les otorgara en 9 de julio de 1609 por virtud de la *Carta de Majestad*, el conde de Thurn y algunos hombres resueltos invadieron el castillo de Praga y arrojaron por la ventana á los gobernadores del emperador-rey (23 de marzo de 1618), proclamando con este acto su rebelión. El Alta y la Baja Austria,

la Silesia, la Lusacia y la Moravia, en donde Matías había cometido la misma obra de catolicización, se negaron á ir contra los bohemios.

Matías murió en 20 de marzo de 1619. Había hecho elegir rey de Bohemia (6 de junio de 1617) y de Hungría (1618) á su sobrino Fernando de Estiria, el ex alumno de los jesuitas de Ingolstadt y el destructor del protestantismo en Estiria, designándolo con ello á los sufragios de los electores imperiales, acostumbrados desde hacía casi dos siglos á nombrar al jefe de la casa de Austria. En efecto, Fernando fué elegido en Francfort en 28 de agosto de 1619; pero pocos días antes (17 de agosto) los bohemios le habían depuesto, nombrando en su lugar al Elector Palatino, yerno de Jacobo I de Inglaterra y jefe de la Unión Evangélica. También los húngaros desertaron de la causa de Fernando y llamaron en su auxilio al príncipe de Transilvania, Bethlen Gabor, ardiente calvinista, que se apoderó de Presburgo (14 de octubre de 1619) y citó á Thurn y á los bohemios delante de las murallas de Viena. La llegada de algunos regimientos salvó al emperador; pero ello no impidió que los sublevados húngaros eligieran rey á Bethlen (25 de agosto de 1620).

En Alemania, la Unión Evangélica y la Santa Liga Católica se habían declarado, según sus respectivas simpatías religiosas, aquella en favor del emperador y ésta en favor del Elector Palatino y de los bohemios. Fernando recibió socorros en hombres y en dinero del papa, del gran duque de Toscana y del rey de España; también se dirigió al rey de Francia cuyo concurso ó simplemente neutralidad eran para él de mayor importancia todavía, pues el resultado de la guerra era dudoso si Luis XIII, siguiendo la política tradicional de Francia, ayudaba á los protestantes.

A pesar de la presión del partido católico, el secretario de Estado, Puisieux, hijo del canciller Sillery y que desde la muerte de Villeroy dirigía los negocios extranjeros, era de parecer de no intervenir en la lucha; pero el jesuita Arnoux, predicando el día de Navidad de 1619 delante del joven rey, le presentó como deber de conciencia el apoyar al emperador contra los herejes, y aquella misma noche Luis XIII declaraba al conde de Furstemberg, embajador de Fernando, que en el próximo mes de marzo reuniría un ejército en Champaña é iría á socorrer á su soberano. El presidente Jeannin, en el informe que dió al Consejo sobre los asuntos de Alemania, explicó que si los reyes anteriores habían tenido motivos para combatir á los Habsburgo, cuando éstos eran omnipotentes, bien podía favorecerlos el rey reinante ahora que eran débiles, tanto más cuanto que su ruina sería funesta para el catolicismo alemán y animaría á los hugonotes de Francia. Terminó diciendo, y el Consejo fué de su opinión, que se enviaran á Alemania, para negociar la paz entre los partidos, tres embajadores extraordinarios, los tres hombres ilustres, el duque de Angulema (Carlos de Valois, conde de Auvernia), el conde de Bethune y Carlos de l'Aubespine, señor de Preaux.

La Unión Evangélica y la Liga Católica estaban á punto de venir á las manos: Maximiliano de Baviera, en nombre de los católicos, había propuesto que las dos ligas se abstuvieran de toda hostilidad recíproca en Alemania, quedando, sin embargo, en libertad de

obrar en Bohemia; y los protestantes habían pedido que, á cambio de aquello, Maximiliano cerrase el camino del Bajo Palatinado á los españoles, que se disponían á invadirlo, y, habiéndose aquél negado, rompieron las negociaciones. En aquel momento llegó la embajada francesa que decidió á los príncipes protestantes á reanudar las negociaciones y á tratar (Ulm, 3 de julio de 1620) bajo las condiciones que les había ofrecido la Santa Liga.

Este acuerdo, como se lo escribieron á Luis XIII los embajadores, establecía una buena paz entre los Estados de Germania «sin privar al emperador de llevar sus armas» y las de sus parientes y amigos «al Palatinado» y «dejándole la facultad de ser socorrido en Bohemia por todas las fuerzas de la Liga católica.» Los españoles entrarían sin duda en el Palatinado, pero «el único medio» de obligar al Elector Palatino á ceder «es un pronto y efectivo ataque en sus países patrimoniales.» De esta suerte tranquilizado, el archiduque Alberto dió orden á Espínola de ponerse en movimiento (septiembre). El gobierno francés, siguiendo la misma política de sus representantes, se negaba, con diversos pretextos, á pagar las cantidades que debía al Elector Palatino, desde las guerras de religión, «prestando, según escribía Luis XIII, todos estos servicios al emperador y á su casa.» Pocas veces se había visto tanto menoscabo de los intereses nacionales y tanta inconsciencia; la diplomacia francesa quedó en aquella ocasión completamente desacreditada. Bethlen Gabor acogió mal la oferta de mediación que los embajadores le hicieron y sólo la aceptó después de la derrota de los bohemios en la Montaña Blanca (8 de noviembre de 1620); y aun no trató con el emperador hasta un año después (6 de enero de 1622) y sin que Francia mediara en el asunto.

En Italia, don Pedro de Toledo, gobernador de Milán, el duque de Osuna, virrey de Nápoles, y el marqués de Bedmar, embajador de España en Venecia, habían jurado arruinar á Venecia y á Saboya. Después de la paz de Pavía, Osuna entró (ó siguió) en relaciones con un corsario normando, Jacobo Pierre, que había dejado su servicio por el de la República y que se brindaba á sublevar á los mercenarios, muy numerosos en aquel entonces en Venecia, asaltar el Gran Consejo, incendiar el Arsenal y saquear la ciudad. Bedmar, que estaba al corriente del complot, lo fomentaba y favorecía. El Consejo de los Diez, advertido por dos oficiales franceses, parientes de Lesdiguières, condenó á muerte á los principales culpables (12 de mayo de 1618) (1). La corte de Madrid destituyó á Bedmar y, poco tiempo después, al mismo duque de Osuna que, arruinado por sus intrigas, estaba en inteligencias, según se dijo, con Lesdiguières, Carlos Manuel y Luynes para proclamarse independiente en Nápoles.

El sucesor de don Pedro de Toledo en Milán, el duque de Feria, volviéndose contra los grisonos, de los pasajes de cuyo territorio tanto le importaba asegurarse por razón de los acontecimientos de Alemania y de los Países Bajos. La vía militar de Saboya al Franco Condado podía ser cortada, y el San Gotardo, abierto á los

(1) Acerca de la realidad de este complot, véase Italo Raulich, quien en su *Congiura spagnuola* resume y discute las diversas opiniones y aporta nuevos documentos inéditos.

españoles, sólo conducía al lago de los Cuatro Cantones, á las inmediaciones de los cantones; en cambio, por los Grisones y la Valtelina (alto valle del Adda) eran mucho más directas las comunicaciones entre los Habsburgo de Viena y de Madrid. Para ir de Milán al Tirol (por el Stelvio) y á Innsbruck, y de Innsbruck al Danubio y á Viena, necesitaba un ejército diez días; y de Milán á Flandes por Coire, Fedkirch, el Rhin, Colonia y Lieja, empleaba á lo menos quince y veinticinco á lo sumo.

La política española tenía la gran ventaja de que en este asunto su interés se confundía con la causa católica. Feria invadió la Valtelina, poblada de católicos, súbditos de los grisones cuya dominación les pesaba sobre manera; los valtelinos, envalentonados con la presencia de las tropas españolas, exterminaron á los protestantes del valle, «lo mismo á los extranjeros que á los del país.» Luynes envió á España como embajador (febrero de 1621) á Bassompierre, quien firmó con Felipe III el tratado de Madrid (15 de abril de 1621) por el que los españoles se comprometían á restituir el territorio que habían ocupado; mas como habían introducido en aquél artículos vagos y equívocos que obligaban á los grisones á jurar los convenios adoptados é instituían como fiadores del juramento al rey de Francia, á los habitantes del Valais y á los Trece Cantones suizos ó, por lo menos, á la mayoría de ellos, resultaba que el tratado firmado en Madrid dependía no sólo de la adhesión de los grisones, sino también de la de los cantones suizos, lo que equivalía á dejar abierta la puerta para mil dificultades.

Los suizos católicos, instigados por los agentes españoles, se negaron á prestar la fianza que se les pedía, y Feria encontró buenos pretextos para retener en su poder la Valtelina. Los Habsburgo de Austria, por su parte, atacaban á los grisones por el Tirol, y el archiduque Leopoldo se apoderó de Mayenfeld y de otras ciudades de las Diez Jurisdicciones (octubre de 1621).

Priuli, el embajador veneciano, hacía observar á Luynes que los españoles conservarían la Valtelina si no se les obligaba á salir de ella y que los grisones, si no se les socorría, se verían reducidos á someterse al rey de España; á estas observaciones contestaba Luynes con gravedad:

«Veamos venir los acontecimientos, y si no queda otro remedio, firmaremos una buena alianza á fin de obtener la restitución por la fuerza» (18 de noviembre de 1621).

Esto significaba el aplazamiento indefinido de toda política enérgica.

V.—Guerra contra los protestantes

Luynes, que con sus obras y con sus abstenciones prestaba tan buenos servicios á la causa católica en el exterior, tenía medios de prestárselos aun mejores en el interior. Una de las condiciones puestas por Clemente VIII á la absolución de Enrique IV había sido el restablecimiento del catolicismo en el Bearn; pero aquel monarca había cumplido su palabra sólo á medias (1), puesto que se había limitado á nombrar obis-

(1) Véase anteriormente, página 676.

pos para Lescar y Olorón, pagándolos de su bolsillo, á restablecer la misa en muchos sitios y á admitir á los católicos en los cargos y dignidades «con la condición de que su número no podría exceder al de los reformados.»

Los dos obispos pidieron en vano que se les devolvieran los bienes eclesiásticos afectos, en otro tiempo, á sus funciones; pero durante el gobierno de Luynes tenían más probabilidades de ser atendidos, porque el favorito, satisfecho de su victoria sobre Concini, había prometido «trabajar en la ruina de los hugonotes tanto como podría y hasta hacerles la guerra si se presentaba ocasión para ello.»

La ocasión no era difícil de encontrar. En 2 de junio de 1617, al abrirse en París la Asamblea general del Clero, el obispo de Macón, Duret, reclamó, en nombre de su orden, las antiguas tierras eclesiásticas del Bearn. Luis XIII, por decreto del Consejo de 25 de junio de 1617, ordenó esta restitución y al mismo tiempo señaló sobre la renta más limpia de su patrimonio los fondos necesarios para el sostenimiento de los ministros, de los regentes y de los escolares protestantes. Y habiendo los protestantes, apoyados por el mariscal de La Force, virey del Bearn, formulado algunas representaciones, el rey confirmó en 7 de septiembre su decisión de junio anterior.

Los tres Estados del Bearn convocaron en Orthez á los diputados de las iglesias del Alto Langüedoc y de la Baja Guiena é invocaron el auxilio de todo el partido. Y la Asamblea general de las Iglesias protestantes, reunida en Laudún (septiembre de 1619), avocó el asunto del Bearn y prohibió á los Jesuítas y á los demás religiosos que predicaran en las ciudades ó plazas de seguridad.

Los jefes del partido, más accesibles á las influencias de la corte, no se mostraban tan resueltos como los burgueses y los ministros; así es que Lesdiguières y Chatillón negociaron entre el rey y las Iglesias un acuerdo por virtud del cual Luis XIII prometió, si los diputados se disolvían, prolongar por cuatro años el privilegio de las plazas de seguridad y resolver el asunto del Bearn dentro de cuatro meses, aunque en el fondo estaba resuelto á no ceder en este punto y lo único que quería era desembarazarse de la Asamblea.

Inmediatamente después de su reconciliación con su madre (tratado de Angers de 10 de agosto de 1620), dirigióse Luis XIII hacia el Sur. El Consejo supremo de Pau, al cual ordenó que registrara el Edicto, se negó á obedecer, en vista de lo cual dijo el monarca: «Es preciso ir allá,» y entró en Pau, tomó la plaza fuerte de Navarreins, mandó restablecer el culto católico en el Bearn y en Navarra, restituyó al Clero sus bienes y sus prerrogativas, decretó la reunión del Bearn y de Navarra á la corona, hizo de los Consejos supremos de Pau y Saint-Palais un solo parlamento con residencia en Pau y regresó triunfalmente á París (7 de noviembre de 1620).

Los protestantes, no resignándose con aquel acto autoritario, celebraron asambleas en todas partes y decidieron reunir en la Rochela una Asamblea general del partido que se inauguró en 25 de diciembre de 1620. Bouillon, Sully y Lesdiguières, aunque instados repetidamente para que asistieran á ella, ni siquiera se hicie-



AVSTRIA TE LAVDAT, TE TERRA BOEMA TREMISCIT.
ORBIS MIRATVR GALLICVS, ISTER AMAT.
ET SIMVL, O SITE BELLI DVX INCLYTE CERNAM
OPTAT, INAVDIERAT PALLAS, ET EFFIGIAT.
I MODO, TE COELO NISI NOSTRO CHARTA, NOTASSET
NON POTERAS TOTIDEM SEMPER ADESSE LOCIS

ENRIQUE DUVAL, GENERAL CONDE DE DAMPIERRE

(Facsimile del grabado de W. Kilian)

ron representar; en cambio, La Force, Chatillón, La Tremoille y Rohán enviaron delegados.

La Asamblea ordenó que se reclutaran hombres, echó mano de las cajas públicas y dividió la Francia en ocho departamentos, verdaderas circunscripciones militares, con un jefe general cada una (10 de mayo de 1621). Bouillon, elegido jefe del primer departamento (Isla de Francia, Anjou, Turena, etc.), debía ejercer el mando supremo de todas las fuerzas protestantes. Por haber organizado de un modo tan fuerte la defensa, los católicos acusaron a los reformados de haber establecido una república dentro del Estado. Lesdiguières aprovechó este pretexto para abandonar la causa común, siendo seguido su ejemplo por la mayoría de los señores reformados; únicamente Rohán, Soubisse y La Force permanecieron fieles a ella. Pero, aun aparte de los grandes, no existía unanimidad en la Francia protestante; así mientras el Mediodía (y aun no todo) se alzaba en armas, el resto de la nación manteníase tranquilo.

Luynes se hizo conferir la espada de condestable para vencer a la herejía. El ejército real ocupó Saumur, se apoderó de Saint-Jean d'Angely y puso sitio a Montaubán (18 de agosto de 1621), que fué heroicamente defendida por La Force y por el ministro Chamier (septiembre-noviembre). Cuando el Condestable, de quien se decía que permanecía siempre lejos del peligro, vió el mal éxito del ataque, entabló negociaciones con Rohán. Tanta debilidad era motivo de escándalo, porque la guerra era popular entre los católicos. En París, cuando se supo la muerte de Mayenne, ocurrida delante de Montaubán, el populacho se amotinó matando a varios reformados que regresaban del oratorio de Charentón é incendiando y arrasando este templo. Los devotos estaban furiosos; el P. José se valía del cardenal de Retz y del arzobispo de Sens para infundir nuevos ánimos al Condestable; y el P. Berulle se lamentaba y repetía «que no creía que Dios quisiera exterminar a los herejes con un instrumento tan malo (Luynes).» El confesor del rey, el P. Arnoux, se había fijado hacía tiempo en Richelieu, en quien los entusiastas veían al hombre de la Providencia, y ya en 2 de junio de 1621 le escribía: «Cuando un nuevo caballero hecho en los arrabales de Saint-Jean-d'Angely (Luynes) os habrá cedido definitivamente su puesto, nadie se sentirá tan satisfecho (sin exceptuar siquiera al P. José, á quien cedo en vuestros afectos) como yo.» El P. Arnoux excitaba, además, á Luis XIII contra su favorito.

Luynes tuvo todavía bastante influencia para hacer que el confesor fuese relevado de este cargo; pero se vió obligado á levantar el sitio de Montaubán y por ello le guardó rencor el joven monarca. Tal vez iba á caer en desgracia cuando murió de fiebre exantemática delante de la pequeña plaza de Monheur (15 de diciembre de 1621).

El bondadoso Berulle, en una carta á Richelieu (26 de diciembre), calificaba aquella muerte de «golpe de justicia y de misericordia.» Los devotos sólo se acordaban de los errores de Luynes, olvidándose de los servicios que les había prestado: por debilidad, por incapacidad ó por celo, es lo cierto que había contribuído al triunfo del catolicismo europeo, y, sin embargo, nadie se lo agradecía.

CAPITULO V

ADVENIMIENTO DE RICHELIEU (1)

- I. Favor pasajero de Condé. — II. Gobierno de los Brulart.
III. Richelieu contra La Vieuville.

I.—Favor pasajero de Condé

Muerto Luynes, ¿quién gobernará al rey y á Francia? Los pretendientes son en gran número: Condé, que ha dejado su gobierno del Berry para ir á recibir á Luis XIII en unión del cual regresa á París; María de Médicis, que le espera en esta capital después de haber enviado á Richelieu á Orleans para saludarle, y además los miembros del Consejo, como Jeannin, el canceller Brulart de Sillery, con el apéndice de su hijo; Puisieux, secretario de Estado en los Negocios Extranjeros, el cardenal de Retz, astuto, suave y timorato, y el nuevo guardasellos, De Vic.

El rey, en un principio, pareció inclinarse á su madre. Á la alegría que ésta le demostró el día de su llegada de volverlo á ver en buen estado de salud y hecho verdadero soberano (27 de enero de 1622), respondió Luis XIII que le probaría con actos que jamás un hijo amó ni honró mejor que él á su madre. María de Médicis le creyó con demasiada facilidad. Tenía el monarca veinte años, no era tan dúctil como antes y ya se revelaba celoso de su poder y perezoso de ejercerlo; temía el carácter autoritario de Richelieu, respecto del cual escribía el nuncio Corsini que era capaz de tiranizar al rey y á su madre. María hubiera debido retener á su lado á su hijo para consolidar su influencia sobre él; pero la guerra se imponía.

Los protestantes no estaban sometidos; España se burlaba del tratado de Madrid, y el sucesor de Felipe III († 31 de mayo de 1621), Felipe IV, mostrábase belicoso y había atacado á los holandeses cuando éstos, al

(1) FUENTES: *Lettres, instructions diplomatiques et papiers d'Etat du cardinal de Richelieu*, I y VII, «Coll. de Doc. inéd.» *Mémoires de Richelieu*, M. y P., 2.^a série, VII. Aubery, *Mémoires pour l'histoire du cardinal Duc de Richelieu*, I, 1660. Federico Leonard, *Recueil des traités*, IV y V. *Recueil des pièces les plus curieuses qui ont esté faites pendant le règne du connétable M. de Luynes*, ed. de 1632. *Mémoires du comte de Brienne*, M. y P., 3.^a série, III. *Mémoires de Fontenay-Mareuil*, 2.^a série, V. Bassompierre, *Journal de ma vie*, «S. H. F.» III, 1875. *Mercur françois* VIII, y IX. D. Teodoro Kükkelhaus, *Zur Geschichte Richelieus. Unbekannte Papiere Fancans*, «Historische Vierteljahrschrift», II, 1890.

OBRA DE CONSULTA: Le Vassor, *Histoire de Louis XIII*, 1757, II. El P. Griffet, *Histoire du règne de Louis XIII*, 1758. I. Duque de Aumale, *Histoire des Princes de Condé*, 1886, III. A. Laugel, *Henry de Rohan, son rôle politique et militaire*, 1889. Enrique de La Garde, *Le duc de Rohan et les protestants sous Louis XIII*, 1884. Du Fayard, *Le connétable de Lesdiguières*, 1892. Bertoldo Zeller, *Richelieu et les ministres de Louis XIII, de 1621 à 1624. La Cour, le gouvernement, la diplomatie d'après les archives d'Italie*, 1880. G. Hanotaux, *Histoire du cardinal de Richelieu*, tomo II, 2.^a parte: *Richelieu rebelle. La crise européenne de 1621. Richelieu cardinal et premier ministre (1617-1624)*, 1903. Luis Batiffol, *Au temps de Louis XIII*, 1904. P. Houssaye, *Le P. de Bérulle et l'Oratoire de Jésus*, 1874. Samuel R. Gardiner, *History of England from the accession of James I to the outbreak of the civil war*, IV (1621-23) y V (1623-25), 1890-1891. Charveriat, *Histoire de la guerre de Trente Ans*, 1878, I. Dr. W. Schreiber, *Maximilian I der Katholische Kurfürst von Bayern*, 1868. Geley, *Fancans et la politique de Richelieu, de 1617 à 1627*, 1884.